El cadáver de Tamerlán 10/05/2013

Liuba Kogan

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Una noticia que circuló en la prensa como curiosidad o rareza, es la referida a la negativa de diversos cementerios en Massachusetts de recibir el cadáver de Tamerlán Tsarnaev, uno de los presuntos responsables del atentado de la Maratón de Boston.

 Los argumentos señalados por los cementerios resaltan la necesidad de generar un clima pacífico exento de protestas y agitación, luego de las múltiples heridas físicas y psicológicas que dejaron las explosiones en un entorno usualmente calmo y seguro.

Sin embargo, el dilema de dónde enterrar cadáveres como el de Tamerlán Tsarnaev y otros personajes que generaron en vida muertes violentas, encarnaron el mal o lo incitaron, esconde asuntos incluso más complejos que la búsqueda de restaurar la normalidad en la vida de las gentes.

Los restos de personajes siniestros parecieran tener la capacidad de contaminar o impurificar la existencia de las gentes con su presencia, esparciendo el mal que encarnaron en vida. Mientras los cadáveres de seres valorados, heroicos o ensalzados socialmente, parecieran contagiar su aura de verdad o de bondad: de allí la costumbre de embalsamarlos y mantenerlos visibles. De este modo, los efectos que generan en nosotros los cadáveres siniestros, podría llevarnos a entender la decisión de los Estados Unidos de desaparecer los restos de Bin Laden en las profundidades marinas: borrarlo de la faz de la tierra, hacerlo invisible, incluso quitarle tiempo para ser considerado un cadáver, en la medida en que no fue mostrado como tal.

Así pues, resulta evidente que los cadáveres generan sensaciones profundas de miedo pero a la vez, de respeto. Estos sentimientos encontrados entre el temor y la sacralidad, se producen porque los cadáveres se encuentran “fuera de lugar”. Es decir, se trata cuerpos sin vida en el mundo de los vivos. Nos perturba por tanto, que se encuentren con nosotros, cuando ya no deberían estar en el mundo de lo viviente.

Ello explica, pues, que todas las sociedades humanas desarrollen complejos rituales con relación a sus muertos, con la finalidad de evitar situaciones ambiguas. Los rituales nos tranquilizan, ya que ponen orden generando procedimientos conocido que sabemos terminarán con el enterramiento o incineración del cadáver.

No en vano, muchas de las películas de terror, cuentos y leyendas juegan con los sentimientos de horror que todos albergamos internamente y que se intensifican con conocidos temas como el regreso de muertos vivientes, cadáveres que cobran vida o muertos que salen de sus tumbas. Es posible asustar mucho con esas narrativas porque todo lo inclasificable, nos atemoriza: aquello que rompe con el orden de las cosas que usualmente reconocemos, nos perturba; es decir, perdemos la capacidad de darle sentido a lo que vivimos. Queremos que los muertos estén bien muertos y los vivos, bien vivos: nada que se quede a medio camino y nos contamine.

Por ello, el dilema de dónde enterrar los restos de Tamerlán Tsarnaev, evidencia la disyuntiva de una sociedad que intenta lidiar con el mal y la impureza.